

www.elboomeran.com

Alicia Plante

Verde oscuro



Adriana Hidalgo editora

Plante, Alicia
Verde oscuro -1ª ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2014
290 p.; 19x13 cm. - (la lengua / novela)

ISBN 978-987-1923-75-5

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Alicia Plante, 2014
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2014
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-75-5
ISBN España: 978-84-15851-28-8

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

A Coca (como siempre)
a todos los que quiero y están,
a los perros, los míos y los imaginarios,
que de algún modo
también andan por mí.

El grupo de caranchos dibujaba lentos círculos oscuros contra el cielo de invierno. El Pollo volvió a mirarlos: algo los atraía, tal vez un animal herido, posiblemente ubicado cerca de la costa. Ahora debían terminar la recorrida de la laguna chica pero decidió que antes de volver a la cabaña pasarían por allí.

Estaba acostumbrado a esos planeos de las aves carroñeras sobre la carne herida o muerta, y si bien no le resultaban simpáticas, la atenta espera desde el aire de dos o tres caranchos muchas veces le marcaba la existencia y la ubicación de un problema. Pero hoy eran docenas, nunca se veían tantos. Estaba desconcertado, en la Reserva no había animales de gran tamaño, ¿por qué continuaban llegando?

Fabián ni los miraba. El Pollo abrió la boca para hacérselos ver pero la volvió a cerrar. No valía la pena comentarle nada. Cada día hablaba menos, Fabián, y sin darse cuenta, poco a poco, el Pollo se había adaptado; ahora, cuando salían juntos de recorrida, se manejaba con monosílabos igual que él. Mientras se metían en el sendero que llevaba a la laguna, el Pollo le echó una mirada de reojo. Debajo

del eterno gorro de lana vio la expresión empacada de siempre.

–Mucha gente, hoy –comentó Fabián de pronto, como si hubiese intuido el reproche y quisiera desmentirlo. Sin embargo el Pollo lo sabía: no iba a pasar de allí.

–Sí, es el sol –contestó.

–Mmm.

Lentamente y observando todo a su alrededor, bajaron por el estrecho sendero que nacía en el Camino del Medio y rodeaba el agua. Aún hoy, a pesar del paneo constante desde la torre y la posibilidad de que los bomberos se hicieran rápidamente presentes, los incendios intencionales seguían ocurriendo, generalmente a esa hora, cuando el público –y los posibles testigos– empezaban a ralear. Pero no habían encontrado nada que lo hiciera temer y el Pollo sintió el alivio de sacarse por hoy esa preocupación de la cabeza.

De las cuatro lagunas, la de los Macaes era la de menor tamaño. Sin embargo, por algún empecinamiento de la naturaleza –única responsable de la forestación y población de la Reserva con aves, lagartos y algunas variedades de víboras y pequeños roedores– era también en la que mayor número de grandes árboles se habían desarrollado, y por lo tanto la más frecuentada por el público, especialmente los domingos de sol. Hoy el frío era intenso, pero en verano mucha gente la elegía para hacer picnic allí, junto al agua y a la sombra.

–Esta noche caerá una helada de san puta–agregó Fabián, y se levantó el cuello del gabán mientras se abría paso con los codos a través de las cortaderas que intentaban adueñarse del sendero. Ya eran casi las cinco y bajo los árboles el frío húmedo del río se les colaba entre la ropa. ¡Qué tipo!, pensó el Pollo. En el año y medio largo que llevaba trabajando en la Reserva como guardaparques, jamás le había oído un comentario mucho más personal que ese. Añoró como tantas veces su pueblo, la nieve, los bosques, los cerros en los que a veces se quedaba días enteros, explorando, comiendo lo que pescaba, observando a los animales. Y a los amigos, la nostalgia de los amigos a veces era insoportable: habían crecido juntos y no los unía sólo el afecto, estaba además la memoria. Sin embargo no quería volver. El mismo día que murió su padre había decidido que se iba, y a pesar de todo, de la soledad que a veces le dolía en el cuerpo, de las multitudes anónimas, de las agresiones de la ciudad interminable que nunca terminaba de conocer, estaba también el millón de posibilidades que se desplegaban frente a él como un abanico de colores.

Antes de que la última curva del sendero los metiera bajo el follaje y les bloqueara la visión del cielo, el Pollo volvió a levantar los ojos. Los caranchos seguían allí. A pesar de la distancia reconocía los picos corvos y rapaces preparados para robar, el perfil tenso de las alas, desplegadas en un vuelo sólo aparentemente sereno. Por supuesto que en los parques nacionales del

sur también había visto aves de rapiña y comedores de carroña, por cierto de mayor tamaño. Sin embargo, por algún motivo los caranchos lo impresionaban. Tenían un aire rústico, vagamente “pampeano”, que los volvía menos heroicos aún que los suyos, a los que el paisaje investía con algo de su grandeza.

Llegaron al punto en que la maleza desaparecía del borde de la laguna y dejaba libre un espacio en el que siempre encontraban gente descansando. A cierta distancia y en silencio, observaron las maniobras de un grupo de chiquilines de trece o catorce años que, sumergiendo una gran lata, intentaban sacar del agua a una de las tarariras que nadaban cerca de la orilla. A pocos metros, dos mujeres que habían apoyado sus bicicletas sobre el pasto y estaban sentadas sobre la raíz de un árbol, les decían algo. Evidentemente su intención era disuadirlos, pero los chicos no les prestaban atención. Reían, alardeaban, se empujaban unos a otros y se desafiaban desdeñosos. “Qué edad de mierda”, pensó el Pollo. Recordó sus propias inseguridades de la pubertad y una vez más decidió no ser represivo, tratar de hacerlos pensar...

Se acercaron sin que los vieran y les dijeron que no se metieran con los peces, que estaban en una reserva ecológica, que las lagunas no eran para pescar, que era más divertido observarlos que matarlos. El Pollo les dijo. Fabían miraba, apoyado en el árbol.

El chico que tenía la lata lo observó un instante como para medir el peligro y aparentemente decidió

que el Pollo era inofensivo. O por lo menos, que debía arriesgarse de todos modos. Sus compañeros lo miraban, expectantes. Con movimientos muy lentos se agachó y volvió a meter la lata en el agua. El Pollo dio un paso hacia él y se la quitó.

–Te dije que los dejaras en paz. No están ahí para que vos te hagas el macho, ¿entendés? Son seres vivos.

Una vez más, el chiquilín giró la cabeza para mirarlo; estaba un poco desconcertado. Tal vez no comprendía que alguien insistiera con las explicaciones, debía estar más acostumbrado al sopapo. Los otros disimularon el nerviosismo riéndose de él.

–Ahora se van. Ya es la hora de cierre.

Los chicos no contestaron y se alejaron a las carcajadas. El de la lata se recuperó del traspié y su risa se confundió con la de los compañeros.

–¡Maricón! –le gritó, cuando tuvo la seguridad de estar fuera de su alcance.

El Pollo se echó a reír pero también se sintió frustrado. El chico no había entendido nada y no capitalizaría lo ocurrido. Aunque hubiese querido, el medio que lo llevaba a abrirse paso de esta manera se lo habría impedido. Los miró desaparecer tras la vegetación de una curva. Si hubiese insistido durante la fracción de segundo que le duró el asombro, el pibe podría haberlo escuchado. Tal vez. Un instante que se iba a volver cada vez más breve. Y más raro. En otro momento se hubiera sentado con ellos hasta lograr que bajaran la guardia y entonces habría encontrado la forma de hacerse oír,

no le gustaba el rol policial, pero hoy prefirió dejarlos ir, lo inquietaban los caranchos y lo que podía estar ocurriendo.

Treparon barranco arriba para volver al Camino del Medio. La gente empezaba a irse. El sol se ponía y a la mañana siguiente había que ir a trabajar o al colegio. La melancolía de los domingos a él no lo afectaba, pensó el Pollo, pero era medio contagiosa.

–Volvamos por el Camino de los Sauces, Fabián. Quiero ver por qué hay tantos caranchos.

Fabián buscó los caranchos con los ojos. Al localizarlos contra el cielo desteñido del atardecer no dijo nada, pero cuando desembocaron en la encrucijada de terraplenes dobló a la derecha delante de él. Caminaron rápidamente a lo largo de la costa. Sobre la izquierda tenían un barranco bastante profundo que bajaba hasta el río. Por momentos el de la derecha era igual de profundo, pero el bosque surgido a través de los años lo cubría todo y ocultaba el fondo.

Mientras caminaban, y como tantas otras veces, el Pollo miró el río, un río extraño, tan diferente de los suyos, de los claros ríos de su memoria; este, pensó, no seducía con belleza sino con potencia, extendiéndose hacia el horizonte como una infinita frazada marrón.

Los caranchos estaban cerca ahora, pero su vuelo convergente se hizo más alto cuando se aproximaron. Ya habían andado casi un kilómetro y el Pollo sabía qué esperar detrás de cada curva, de cada árbol. A pie o a caballo había recorrido hasta el último rincón

de esas trescientas cincuenta hectáreas ganadas al río cuarenta años atrás.

De pronto, como criaturas sorprendidas en una travesura, dos o tres caranchos surgieron alarmados de la arboleda del barranco y pasaron sobre sus cabezas en un vuelo bajo y ruidoso. Nunca los había visto tan de cerca. Continuaron avanzando pero con mayor cautela. Todavía sobresaltado por el aleteo cerca de los ojos, el Pollo se preparaba para entrar en el sauzal, casi impenetrable por la maleza que crecía apretada alrededor de los troncos, cuando al borde mismo del camino vio asomar los pies desnudos y blancos de un hombre. Su inmovilidad absoluta, algo de la piel muy pálida, lo asustó. La imagen de los caranchos rondando el lugar le cerró el estómago. ¿Con qué estaba a punto de encontrarse? Era absurdo, pero tal vez... Unos grandes pies abandonados al costado del camino y nada más...

Apartó los yuyos con cierta repulsión. No, ningún bromista había pasado por allí: los pies pertenecían a un cuerpo, el cuerpo de un hombre casi desnudo y cubierto de sangre. Tras unos segundos juntó coraje y apoyó la mano sobre uno de los pies: el hombre debía estar muerto porque la piel no conservaba ningún resto de calor.

–¡Fabián! –gritó el Pollo reprimiendo el salto que cada uno de sus músculos quería dar-. Llamá por el *walkie-talkie*, ¡rápido! Pedí ayuda, que avisen a la policía y pidan la ambulancia, y que vengan para acá de inmediato.

–¿Qué pasa? –preguntó Fabián mientras se acercaba. –¡Mierda! ¿Está muerto...? –susurró, agachándose para mirar por el hueco que el Pollo abría en los yuyos con las manos.

–Me temo que sí, pobre tipo; parece que lo cosieron a puñaladas... ¡Dale! ¡Llamá, llamá!

En casi un mes no había llovido en Buenos Aires y a través de los pastos que el cuerpo del hombre aplastaba, sobre la tierra seca, el Pollo alcanzó a ver una mancha oscura que rodeaba el torso. Sólo llevaba puesto un pantalón de gimnasia y la piel del pecho parecía más blanca contra la insolencia categórica de la sangre. Una parte se había deslizado por un declive de la tierra hasta formar como un charco anexo. Las manos del muerto, como deslizadas a cada lado, estaban empapadas en sangre. El Pollo lo imaginó aferrando la vida que se le escapaba por los asombrosos agujeros que su cuerpo no quería tener. El nacimiento del pasto también estaba manchado de rojo. El Pollo lo contemplaba todo como en un sueño. Allí, en cuclillas, hipnotizado de horror, quería apartar los ojos, respirar profundamente, salir corriendo, pero no podía ni siquiera moverse.

Era posible ver los tres puntos del torso por los que había entrado el cuchillo. El hombre no parecía haber ofrecido resistencia: estaba allí acostado, muerto. Y sin embargo, sobre el pecho y la cara eran muy visibles unos profundos arañazos rojos. ¿Habría sido una mujer? El hombre, notó, tenía las cejas depiladas; posiblemente fuera uno de los gays que siempre paseaban

por ese pedazo de la costa que estaba allí cerca. ¡Qué final espantoso! Por otra parte, pensó, si era un gay no era probable que una mujer estuviera con él en la Reserva. Aquí venían solos o en parejas. No se metían con nadie, eran los que menos problemas traían... hasta ahora, al menos.

De pronto el Pollo tomó conciencia de no haber oído que Fabián llamara a la cabaña.

–¡Dame, carajo! –exclamó, poniéndose de pie y arrebatándole el *walkie-talkie* que el otro, pálido e inmóvil, apenas había logrado sacar del estuche.

–Oswaldo, Oswaldo, ¿me copiás? Cambio.

La voz de Oswaldo le llegó con nitidez.

–Sí, Pollo, te copio. ¿Qué pasa? Cambio.

–Oswaldo, estamos con Fabián en el Camino de los Sauces, más o menos a un kilómetro del cruce con el del Medio y bastante antes de llegar a la Punta Ombú. Encontramos a un hombre muerto... Pedí una ambulancia y llamé por radio a la Comisaría. Cuando vengan acompañalos vos, que Víctor no deje el puesto, ¿está claro? Los esperamos. Cambio.

–Mierda, Pollo, no lo puedo creer... –Silencio—. Quedate tranquilo, ya mismo me ocupo –Silencio—. Cambio y fuera.

Se tranquilizó un poco sabiendo que Oswaldo haría todo como acababa de indicarle. Era un tipo responsable que aceptaba sin discutir que en las situaciones críticas siempre fuera el Pollo el que tomaba las decisiones, no sólo por la tácita autoridad que le daban

el haber completado el curso de guardaparques en Bariloche y su experiencia en los parques nacionales del sur: fundamentalmente, era el líder natural de sus compañeros.

Se quedó mirando los grandes ojos marrones del muerto mientras un cúmulo de sensaciones lo aturdió. Ya había hecho lo único que era posible hacer y ahora que sólo restaba esperar, de pronto lo recorrió un escalofrío.

La única persona que el Pollo había visto muerta era su padre, pero tenía los ojos cerrados. La mirada fija y despavorida de este hombre, el desamparo inmóvil de su boca abierta, tal vez para pedir piedad, lo llenaron de espanto. Finalmente apartó la vista e hizo un esfuerzo para no ceder a la emoción. El hombre ya estaba muerto, se dijo, ahora era necesario pensar en cómo lo ocurrido podía afectarlos a ellos y al lugar. La policía no iba a demorar.

—¡Qué cagada, Fabi! —exclamó, apartándose unos pasos muy lentamente mientras luchaba contra el avance de las náuseas—. Era lo que nos faltaba, un asesinato... Los que quieren privatizar la Reserva ahora tendrán de qué agarrarse.

Eso también lo sentía. Eso también era verdad. Y podía decirlo.

El comisario Juárez miró a Battaglia con profunda irritación.

—No seas ridículo, sabés muy bien que es imposible —contestó.

Qué cabrón el comisario, pensó Battaglia, qué le costaba. Pero no insistió, no valía la pena.

—Andá, traeme agua más caliente que esta porque-ría. El mate sale frío como tu alma.

El sargento Battaglia salió del despacho del comisario con el termo sujeto contra el pecho de orangután por un gran brazo gordo y fuerte. A los pocos minutos estaba de vuelta.

—Comisario, acá tiene.

—Dejalo ahí. —Levantó apenas la vista y observó la cara enfurruñada del sargento—. Decime, Battaglia, ¿por qué sos tan boludo? ¿Siempre fuiste así?

Battaglia no contestó. El comisario era un cabrón. Eso era lo que habría querido decirle. Los ojos de Juárez volvieron al expediente que estaba leyendo, el del homicidio en la Reserva Ecológica.

—No te quedés ahí parado, Battaglia, me sacás de las casillas. Andá y hacé algo. ¿No tenías atrasado el

archivo? –Se sacó los anteojos y volvió a mirarlo-. ¡Por Dios, Battaglia, es un homicidio! ¡Terminala! Si querés, vení vos conmigo en lugar de Boero. Pero cuando hay un homicidio los interrogatorios los hago yo, lo sabés muy bien. Y no me hinchés más las pelotas.

–Está bien, comisario, gracias –dijo el sargento, su cara redonda como una galleta transformada por la sonrisa-. ¿Para qué hora le tengo el auto?

–Esperame en la salida en 45 minutos.

El comisario reacomodó su elástica corpulencia en el sillón del escritorio y echó agua caliente en el mate. Lo sorbió despacio mientras leía sus propias notas del interrogatorio al personal de la Reserva, sobre todo a los guardaparques que habían encontrado el cuerpo. De ahí pasó a los informes del forense y los peritos que habían inspeccionado el lugar del hecho. Según el forense, el muerto, Julio Margulis, argentino, soltero, de treinta y un años, era un homosexual activo. Había recibido una herida en el pecho y dos en el abdomen, hechas con un instrumento cortante. La hora de la muerte se estableció entre las 12:00 y las 15:00 del día anterior, domingo 17 de junio. Se encontraron rastros de cocaína en la sangre del occiso. Los arañazos en el pecho y la cara habían sido hechos por un ser humano con las uñas de la mano izquierda y después de muerto. Sin embargo, no se encontraron huellas dactilares. La muerte se había producido por paro cardiorrespiratorio como consecuencia de múltiples hemorragias de los órganos interesados por el arma.

Los peritos, por su parte, informaban que el cuerpo había sido arrastrado desde el borde del camino, lugar del ataque, hasta el punto donde lo encontró el guardaparques. El arma homicida no fue encontrada. En cambio, cerca del cuerpo, desparramados entre la maleza, habían aparecido una remera, un buzo, y las zapatillas y medias del muerto. También se localizó una riñonera con sus documentos, una billetera de cuero negro con doscientos veinte pesos, una estampita de San Jorge quebrada en una punta, dos preservativos y la foto recortada de una mujer de unos cincuenta años, un teléfono celular, un paquete de cigarrillos semivaciado, un encendedor descartable color naranja y un llavero con dos llaves.

Al comisario Juárez lo intrigaban varias cosas. Por ejemplo, por qué, si el asesino había arrastrado el cuerpo fuera del camino para ocultarlo, había dejado los pies asomando. También lo desconcertaba que el asesino –según los peritos podría haber sido una mujer muy fuerte– lo hubiese rasguñado *después* de matarlo. No había sido en caliente, luchando. ¿Qué sentido tenía? La idea de que los arañazos respondieran a un arranque de ira postmórtem no era verosímil. Juárez lo sabía muy bien, el odio podía crecer como una espiral de locura, pero, ¡mierda, acababa de matarlo! Si hubiera escupido sobre el cadáver en una especie de rúbrica a su firma, un último gesto de triunfo, le habría parecido comprensible. Pero ese ensañamiento histórico le molestaba como una nota discordante. ¿Buscaría el

asesino despistar a la policía induciéndolos a pensar que había sido una mujer de largas uñas?

También era extraño, pensó, que en una tarde de tanto frío el muerto estuviera semidesnudo. Tal vez el asesino era su pareja o alguien conocido y por motivos que Juárez esperaba averiguar, una escena erótica, en la que la ropa estaba de más, se había transformado en una explosión de violencia y muerte. En otras palabras, ¿se trataría de otro crimen pasional entre homosexuales? ¡Putos de mierda, sólo servían para complicarle la vida a la policía!

Se tironeó la punta del negro bigote mientras su atención pasaba a las notas que había tomado durante el interrogatorio de los guardaparques. El tal “Pollo” Quinteros, el hombre que encontró el cuerpo, le había parecido un tipo vivo. Lo notó bastante nervioso, enojado, casi. Lo preocupaba más la Reserva que la muerte del tipo. No había surgido nada de interés con ellos. En fin, tal vez la madre y la hermana de Julio Margulis le dieran ahora algún indicio. Pero mucho temía estar ante otro de esos casos en que uno dedicaba tiempo de la Repartición y esfuerzo personal para no descubrir nunca nada. De todos modos, los casos de homicidio le interesaban más que el trabajo rutinario con rateros y asaltantes, mujeres golpeadas, abandonos del hogar, y pendejos que se daban con paco o lo vendían. Esto, por lo menos, era un desafío al intelecto. Aunque no dispusiera de los hombres ni los equipos técnicos con que efectuar una verdadera investigación.

Guardó la carpeta en el archivo, chupó ruidosamente el último mate y salió.

La familia Margulis vivía cerca del Congreso, en Riobamba a pocos metros de Bartolomé Mitre. Era un departamento antiguo y sin pretensiones pero se lo veía bien mantenido y seguramente cómodo. La madre del muerto, Esther Cosenza de Margulis, cincuenta y siete años, viuda desde quince años atrás, y la hermana e hija mayor, Graciela, veintiocho años, soltera, ambas empleadas, lo recibieron con actitudes muy diferentes. La madre parecía ansiosa por cooperar con él. La muerte del único hijo varón –posiblemente su predilecto– la tenía angustiada y a la vez en un estado de enorme ansiedad. Lloriqueó varias veces durante el interrogatorio. Sin embargo Juárez intuyó en ella un temperamento fuerte aunque con poco uso, algo como un tanque de reserva al que no recurría habitualmente y que quizá fuera sólo empecinamiento. Disimuló una sonrisa al imaginar las dificultades del muerto para vivir con independencia junto a una madre así.

La hermana, en cambio, tuvo con él una actitud casi hostil. Al percibirlo Juárez se preguntó por qué a esta mujer le molestaba tanto tener que contestar preguntas de un policía. Después de todo, lo que estaba en juego era el esclarecimiento del asesinato de su hermano.

Luego, vagamente divertido con la situación, con que la mujer no tuviera más remedio que escucharlo y responderle, pensó que tal vez Graciela Margulis no tuviera nada personal contra él ni contra la policía, había gente así, que siempre daba la impresión de estar oliendo mierda. Pero le habría gustado estar seguro.

Según la madre, Julio Margulis iba casi todos los domingos a la Reserva Ecológica. No, nunca supo si allí se encontraba con alguien. No, no podía imaginar quién había matado a su hijo, un muchacho excelente y muy afectuoso. No, por supuesto que no tenía enemigos. Tampoco había notado nada raro en los últimos meses. El muerto trabajaba en una imprenta y ganaba un buen sueldo. Sí, claro, podía darle la dirección, el teléfono y el nombre del dueño. Las llaves encontradas en la riñonera eran las de su casa. En síntesis, nada. Sin embargo, el comisario obtuvo al menos un dato importante: Julio Margulis había frecuentado últimamente a un muchacho que, según la madre, daba la impresión de ser varios años más joven. De nombre Horacio, eso recordaba, pero no, nunca supieron el apellido. Contó que trabajaba en una inmobiliaria de Palermo. Lo vieron por única vez una noche en que vino a buscar a Julio y subió mientras él terminaba de vestirse. No, nunca antes habían conocido a ningún amigo suyo. Era muy reservado en sus cosas personales. Esa noche llovía muy fuerte. Seguramente por eso, dijo la madre, Julito no quiso dejar a este muchacho esperando en la puerta.

–¿Qué impresión le hizo este... Horacio? –preguntó Juárez consultando sus notas.

–Vea, comisario, a mí no me interesaba saber qué clase de vida llevaba mi hijo. Mientras yo lo viera contento y sano, su vida era cosa de él. Así que no le preguntaba nunca nada. A qué hora iba a venir, si comería en casa, eso sí, porque yo me ocupaba de prepararle las comidas que le gustaban, de su ropa... en fin, todas esas cosas que hace una madre por su hijo. –En ese punto Juárez captó una mueca casi cruel en los labios de Graciela. ¿Había sentido celos de su hermano? ¿Había mala onda entre ellos a causa del favoritismo de la madre? Evidentemente, por esa u otra razón, la relación de las dos mujeres no era un lecho de rosas–. Pero lo de afuera –continuó diciendo Esther Margulis–, no era asunto mío. De modo que el muchacho subió y yo no hice preguntas. Se sentó ahí, donde está usted. Le ofrecí café pero no aceptó, hablamos unos minutos de cualquier pavada y después salió Julito de su pieza y enseguida se fueron.

–¿Cómo fue que le contó que trabajaba en una inmobiliaria?

–Yo le pregunté porque... –La mujer, ruborizada, se quedó callada al darse cuenta de que se contradecía y que su curiosidad había quedado en evidencia.

–No se preocupe, es natural que quisiera saber algo del amigo de su hijo. ¿Le preguntó algo más?

–No, no. Julito apareció enseguida...

–¿Qué me puede decir de este Horacio?

–No sé, no mucho. Era muy joven. Un rubiecito medio desteñido, de ojos claros, muy flaco. Cordobés, era. Tenía mucha tonada –sonrió fugazmente ante el recuerdo–. No le puedo decir más, comisario, no sé cómo era, parecía un buen muchacho, un poco perdido me parece. La gran ciudad, supongo...

El comisario Juárez tomó prolija nota de todo. Battaglia también. Para sorpresa del comisario algunas veces las notas de Battaglia, a pesar de su notable creatividad ortográfica, le habían sido útiles. Sabiendo que su jefe escribía lo que era realmente importante, él divagaba, observaciones insólitas y muchas veces estúpidas. En opinión de Juárez, Battaglia era casi infradotado y no entendía cómo había llegado a sargento. Sin embargo, su mirada infantil ocasionalmente recogía pequeñas cosas a las que el comisario no había prestado atención. Por sí mismas las observaciones del sargento no servían para nada, pero combinadas con sus propias notas podían resultar en cursos de análisis ricos e interesantes. Nunca se lo había dicho sin embargo, no por mezquindad sino para que Battaglia no perdiera la espontaneidad.

–Señora, ¿tendría inconveniente en que diéramos una miradita al cuarto de su hijo?

–No, por supuesto que no, no tenemos nada que ocultar. Todo está como Julito lo dejó. Yo siempre limpiaba su cuarto y el laboratorio sin cambiar nada de lugar. –Un pequeño sollozo le cortó la voz. Juárez se detuvo en seco.

–¿Laboratorio?

–Sí, ¿no se lo dije? Julito era un gran fotógrafo. Puedo mostrarle...

Sí, Juárez quería ver ese laboratorio.

–¿Se fijó por casualidad si el domingo llevaba su cámara cuando fue a la Reserva?

–Sí, claro que me fijé. Siempre me preocupaba que se la pudieran robar, es una cámara muy cara... –La mujer hizo una pausa–. No, el domingo la dejó en casa. Es decir, puede haber llevado la otra, una cámara digital que compró hace unos meses, no sé seguro. Eso sí, en casa no está. Él dio muchas vueltas antes de comprarla, decía que la fotografía es un arte, que el verdadero fotógrafo decide y combina las cosas como le parece, que ahí se ve su oficio, su “talento” decía él, y que esas camaritas con todo automático son para los tarados que no saben nada. Igual al final la compró, pero la verdad nunca vi que la usara.

–¿Solía llevarla a la Reserva?

–Es posible, no sé; vio que son muy chicas, seguro que le cabía en un bolsillo así que yo no me enteraba. La otra, la grande, no, creo que nunca la llevó..., o bueno, alguna vez, puede ser, pero un día me dijo que no quería estarla cuidando.

El pequeño dormitorio de Julio Margulis no le reveló nada. El laboratorio –una adaptación del baño de servicio– tampoco. A juzgar por las fotos que cubrían las paredes, incluso la del fondo, donde lo esperaba la mirada del muerto, la cara despreocupada y expresiva

de alguien joven que había estado vivo poco antes, de frente, de perfil, haciendo muecas o sonriendo, peinado con raya al costado, al medio o en un despeinado poco natural, el tipo había sido buen fotógrafo –una, girado hacia atrás para enfrentar la cámara, le pareció excelente–; pero algo le pasaba, ¿qué buscaba tanto en su propia cara? Y a juzgar por la soga con broches de la que todavía colgaban un par de fotos, era evidente que Julito revelaba sus propias fotos.

–Parece raro, ¿no?, en esta época en que ya ni las diapositivas... –murmuró Juárez, abarcando con un gesto el despliegue de frascos y bateas que cubrían la mesada del fotógrafo.

–Julito siempre reveló sus fotos, para él era una parte tan importante del proceso como tomarlas. Podía hacer docenas de copias de una misma foto hasta que lograba lo que buscaba. Sólo en blanco y negro, por supuesto, el color es otra historia, ningún fotógrafo aficionado revela color, decía cuando le daba por explicarme, y a él no le interesaba. Las fotos realmente bellas son en blanco y negro, decía siempre.

A la mujer se le quebraba nuevamente la voz al pensar en su hijo muerto, y Juárez quería evitar a toda costa la incomodidad y la impotencia que le producía siempre el dolor de los que quedaban vivos. Con cierto pudor juntó coraje y agregó lo que tenía que agregar:

–Señora, discúlpeme, pero antes de irme tengo que pedirle un favor, es muy importante... Que en cuanto usted se reponga un poco de... sus sentimientos,

revise el laboratorio y se ponga en contacto conmigo si encuentra algo –cualquier cosa, fotos, por ejemplo– que le llamen la atención. Y usted, señorita –agregó volviendo a la sala, donde la hermana del muerto, observada en silencio desde el marco de una puerta por Battaglia, estaba de pie mirando unos papeles que había sacado de un cajón abierto– ¿querría agregar algo a lo que dice su madre? –preguntó, los ojos torvos clavados en los de la joven. Y ante el lento vaivén de cabeza que por toda respuesta recibió de ella, agregó–: ¿Hay algo que no les haya preguntado y que ustedes piensen que ayudaría a descubrir al que mató a Julio?

La experiencia le había enseñado a no confiar ciegamente en su propia sagacidad. Pero ninguna de las dos mujeres agregó nada. Juárez detectó un cierto alivio en ambas ante la inminente culminación de la entrevista. Se dijo que casi con seguridad sus motivos eran diferentes. Esther Margulis había dado la impresión de querer demostrarle todo el tiempo que no tenía nada que ocultar. Hasta lo había dicho con todas las letras, quizá demasiadas. La hermana del muerto, en cambio, lo único que había demostrado todo el tiempo era su profundo desagrado ante la presencia de los policías en su casa.

Juárez les dejó una tarjeta con los teléfonos de la comisaría y el número de su celular y les pidió que lo llamaran si se les ocurría algo, lo que fuera.

Graciela Margulis caminó hacia la entrada para abrirles la puerta. El comisario apreció el delicado contoneo de sus caderas, los finos tobillos, la firmeza de su

paso. Con toda seguridad esta mujer había sido mucho más fuerte que “Julito”. Imaginó en una fracción de segundo la historia de los hermanos, la hostilidad, las rivalidades, los celos ante la desembozada preferencia de la madre por el hijo varón, aún si a Graciela no le importaba demasiado lo que la otra sintiera, pensara o dijera. La miró a los ojos al despedirse, pero su sonrisa más encantadora se desmigajó contra la helada inexpresividad de la mujer. ¡Carajo con la mina! Una ola de irritación lo inundó.

Battaglia salió mirando para atrás mientras murmuraba un saludo y tropezó en el felpudo que había del otro lado de la puerta. ¡Dios, qué animal que era!

Sin cambiar de expresión, Graciela Margulis observó desde la entrada cómo el comisario Juárez sostenía a Battaglia con una mano evitando que se fuera al piso. Sus ojos se cruzaron por última vez y ella cerró suavemente la puerta.

Battaglia manejaba el auto celular con la concentración de un yogui.

–Comisario –dijo, desde el asiento del volante–, esa pendeja tenía buenas tetas.

–Callate, Battaglia, no me dejás pensar. Y manejá más despacio, vas a matar a alguien.

Battaglia rió con su espeso vozarrón de oso. –Y entonces usted me haría el interrogatorio...

–No, te daría una patada en el culo y te metería en el calabozo por veinte años. Sin ningún interrogatorio.

A Battaglia no le gustó el comentario del comisario y se rascó una patilla mientras mascullaba algo para sí mismo.

Al llegar a la comisaría, Juárez se puso en movimiento. Era urgente localizar al tal Horacio.